

“El sentido” que da la cultura en Bogotá

Los sentidos despiertos; públicos y apropiación de la música, la danza y el teatro en Bogotá

GERMÁN REY

Orquesta Filarmónica de Bogotá,
Secretaría de Cultura, Recreación y
Deporte, Bogotá, 2010, 111 págs.

LAS EXPRESIONES artísticas desarrolladas en una ciudad perfilan la noción de ciudadanía de la misma y el sentido de pertenencia de su comunidad. El arte y la cultura son sellos identitarios de las sociedades y por ello el estudio de su oferta, así como de su recepción, resultan imprescindibles al momento de abordar el estado actual de una ciudad y de la población que en ella habita. Estadísticas sobre acceso a servicios públicos, desempleo, pobreza y demás no alcanzan a dar cuenta de una sociedad, y es allí donde se hace evidente la importancia de evaluar las formas de cultura que cohesionan o escinden, a determinados niveles, a quienes ocupan el espacio y se reconocen como ciudadanos.

Resulta necesario llevar a cabo ejercicios de evaluación, valoración y retroalimentación de la labor, alcances, logros y carencias de las manifestaciones culturales promovidas en una ciudad y esto es lo que ofrece Germán Rey en el libro *Los sentidos despiertos; públicos y apropiación de la música, la danza y el teatro en Bogotá*. Las formas de cultura aquí estudiadas son la danza, la música y el teatro o artes escénicas, con especial énfasis en la Orquesta Filarmónica de Bogotá (OFB) y los programas culturales que esta coordina, tomados como ejemplos a seguir para la imbricación de públicos con expresiones culturales.

En el caso de la capital colombiana, cuya fundación data del 6 de agosto de 1538, ¿qué institución podría ser considerada clave para la comprensión del estado cultural de la ciudad? No existe entidad cultural que haya acompañado a la ciudad desde ese entonces, pero vale la pena darle una mirada a quienes hoy en día se encargan de la programación cultural ciudadana, como la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte e instituciones, que aun cuando jóvenes

con relación a la historia de la capital, han permeado sus lógicas y marcado hitos en su cultura, como la Orquesta Filarmónica de Bogotá, cuyo público fiel a los conciertos de auditorio, en promedio, alcanza a ser de mil quinientas personas y que conjuga la experiencia cultural y artística que se hace presente en más localidades de Bogotá.

La Orquesta Filarmónica de Bogotá se fundó en 1967 con el Acuerdo 71 del Concejo de Bogotá, que la nombra la orquesta pública oficial de la ciudad. Desde ese entonces, la OFB se ha dedicado a articular una propuesta cultural para la capital colombiana e interesar a un público más amplio, haciendo del acceso a la cultura uno de carácter democrático, con la realización de conciertos gratuitos en espacios no convencionales como hospitales e iglesias, parques y colegios, o la introducción de los conciertos en espacios domésticos con su transmisión radial y televisiva, implementada tempranamente desde la década de 1970.

Enamorar a los ciudadanos de la OFB no ha sido tan solo labor de acercar físicamente los conciertos a las personas, sino también de acercar su contenido a los intereses y gustos del ciudadano. Es así que la OFB logró zanjar la distancia existente en el imaginario del público entre la música sinfónica y las músicas tradicionales con arreglos y conciertos de música popular colombiana y producciones musicales con grupos de música contemporánea, ejercicios que le han hecho sujeto de reconocimientos como el Grammy Latino en 2008 al mejor álbum instrumental. El caso de la OFB se convierte en un referente al que vuelve Germán Rey una y otra vez en su estudio de las prácticas culturales y su apropiación ciudadana en Bogotá.

Rey toma como punto de partida las encuestas de consumo y estadísticas culturales nacionales, estudios especializados promovidos por organismos internacionales, universidades y centros de investigación; los Observatorios de Cultura de la Secretaría de Cultura, Recreación y Deportes, los sondeos especializados de Rock al Parque, Salsa al Parque y otros eventos públicos, y mesas de trabajo, para analizar los datos existentes y hacer de estos un insumo importante para entender la apropiación de las expresiones

culturales disponibles en la ciudad de Bogotá. Cada forma de expresión artística cuenta con un público diferenciado, tanto por edad, género, estrato y ocupación.

El análisis de Rey parte de los múltiples significados de “sentido” para explicar por qué este término resulta preciso para abordar el estudio de las expresiones culturales organizadas por la Alcaldía de Bogotá y la OFB, su conformación de públicos y realidades sociales, buscando establecer así cuáles son las sensibilidades de los ciudadanos: “Lo que la danza, el teatro y la música activan son los sentidos, que además de ser facultades individuales, son órganos de la ciudad, órganos sociales... Son los sentidos despiertos, abiertos a una experiencia que forma parte de las responsabilidades públicas y las libres opciones individuales, los que hacen que la vida entre a borbotones” [págs. 23-24].

Es esta una indagación no solo por las preferencias personales cuando de cultura se trata, sino del sentido de ciudadanía que se promueve y facilita a partir de la oferta cultural. Como bien explicita Rey, Bogotá es una ciudad de encuentros en medio de las diferencias, un crisol de pertenencias en donde las encuestas dan fe únicamente de algunas de las prácticas sociales y culturales de la ciudad; muchas quedan invisibilizadas al no poder medirse con instrumentos cuantitativos las experiencias locales y periféricas que también cohesionan y generan lógicas de interrelación importantes en el ámbito de la ciudad.

Según Rey, Bogotá es la ciudad con mayores grados de apropiación social de la cultura en el país, no obstante, los porcentajes de interés e involucramiento de la población en la cultura son bajos, como lo demuestra la encuesta de 2007 en la que prácticamente la mitad de los bogotanos (50,17%) afirma no interesarse por la oferta cultural de la ciudad [pág. 66]. Es importante tener esto en cuenta al momento de buscar establecer patrones de comportamiento y de consumo a partir de los datos obtenidos, y de allí también la preocupación de Germán Rey por empezar a abordar otros canales de comunicación y relación, como lo son aquellos generados con las nuevas tecnologías, con el teléfono móvil y las redes sociales

por internet.

Expresa Rey también la importancia de establecer vínculos más fuertes y dinámicos entre los programas educativos y la oferta cultural de la ciudad, teniendo en cuenta en parte que lo que demuestran los estudios de consumo cultural en América Latina es la gran participación de los jóvenes. “En los últimos 50 años, las actividades artísticas y del patrimonio se han integrado progresivamente a los procesos educativos que ocurren en las familias y las escuelas, y una buena parte de las discusiones sobre la formación de públicos tiene que ver con el papel que estas instituciones socializadoras tienen en el ingreso de los niños y niñas a la cultura y en general al mundo simbólico.” [pág. 62]

Para Rey, los cambios culturales no están siendo abordados en la escuela y se distancian afanosamente las realidades sociales de la formación académica impartida. Si se tiene en cuenta que “Los jóvenes son el centro de la apropiación artística y cultural de la ciudad” y que “La música, el teatro y la danza han entrado a formar parte de la condición juvenil, de los motivos de identidad de los jóvenes en Bogotá”, es posible ver cómo se van perfilando las recomendaciones que ofrece Germán Rey al final del libro para que la apropiación cultural de la ciudad se expanda.

La “mediatización de la cultura” o transmisión televisiva y radial de eventos culturales ha sido uno de los actos que más ha logrado cohesionar a la ciudadanía respecto a los espectáculos públicos. Esto, junto con la gratuidad de los eventos y programas culturales, favorecen el interés y acceso por parte de la ciudadanía; aunque como Rey identifica, la gratuidad también es arma de doble filo, puesto que dificulta la profesionalización y el sostenimiento, el fortalecimiento de nuevas propuestas y el incremento de espacios para su circulación.

Para Rey es importante diferenciar dos clases de públicos, uno activo y otro pasivo, uno espectador y otro ciudadano, lo que muestra la importancia de que la oferta no sea solo para testimoniar expresiones culturales, sino para involucrarse en las mismas y llegar a generarlas. La promoción de la creación artística se hace parte im-

perativa de los procesos de formación de públicos fieles para las expresiones culturales de una ciudad:

No se trata de públicos-espectadores sino de públicos que afirman sus derechos, sienten los festivales como propios, encuentran que son importantes para la convivencia y representan ya un hito en el flujo cotidiano de la vida en la ciudad. Los festivales-vitrina precisan públicos-espectadores; los festivales-encuentro, públicos-ciudadanos. Solo que lo ciudadano o lo social no es algo que se agrega didácticamente al festival, sino algo inherente a la misma experiencia del festival. [pág. 95]

El trabajo de Germán Rey resulta muy adecuado para repensarnos desde la cultura y de las acciones colectivas que un público activo y creador debe empezar a abanderar para tomarse el territorio físico y simbólico de su ciudadanía. Su reflexión acerca de los espacios y la importancia de los parques como lugares de encuentro por excelencia también dan pie a posibles políticas de fomento cultural a futuro. El trabajo de Germán Rey hace recordar las palabras de Roberto Igarza, quien ha sido invitado a numerosas conferencias en los dos pasados años en las que ha recalcado la necesidad de las bibliotecas e instituciones culturales, de articular un mapa de nuestras ciudades en donde la misma arquitectura y los espacios se imbuyan de cultura y de sentido cohesionador.

Queda abierta la pregunta sobre las nuevas tecnologías y la manera en que estas inciden en la apropiación de la cultura y de la ciudad. Cinco años después de su publicación, la realidad social bogotana ha presentado grandes transformaciones que Germán Rey vio venir pero que quedan ahora como una pregunta abierta a su autor sobre el alcance de las nuevas tecnologías en la apropiación de la cultura y su incidencia en la ciudadanía de la capital colombiana.

Melisa Restrepo Molina